

Sobre la llamada sexualidad y la normatización producida

Marco Antonio Macías López¹

Universidad Autónoma de Querétaro

Resumen

Discutir la noción de sexualidad y los efectos de normatización que ha tenido en el mundo occidental, en particular en la práctica psicoanalítica, es un aspecto central que será abordado en el presente artículo. Se espera sembrar la inquietud para adentrarse en el estudio de la sexuación.

Palabras Clave: sexualidad, psicoanálisis, homosexualidad, sexuación.

Abstract

Discussing the idea of sexuality and the effects of standarization that it has suffered in the western world, specifically in psychoanalysis, is the central aspect of the present article. We expect to generate anticipation towards the study of gender determination.

Keywords: sexuality, psychoanalysis, homosexuality, sexuaction.

Análisis crítico de la noción de sexualidad

Abordar el tema de la sexualidad humana desde el Psicoanálisis, implica tener presente que se están llevando a cabo actualmente toda una serie de reformulaciones, que vienen a replantear el problema de su conceptualización y su abordaje en la práctica psicoanalítica. Así por ejemplo, las consideraciones sobre la declaración de sexo, habrán de sustraerse de los criterios de masculinidad y feminidad, de igual forma mencionar que el carácter no tiene que ver con la llamada identidad sexual, y puntualizar que en estos momentos hablar de masculinidad o feminidad en función de la actividad o la pasividad, un criterio que prevaleció y que aún algunas personas en el campo del Psicoanálisis siguen sosteniendo. Dichos criterios de esa actividad y pasividad como definiendo, en función

¹ **Correspondencia:** marco58f@yahoo.com.mx

de ellos, la masculinidad y feminidad, son criterios sobre los que habremos de argumentar por qué ya no pueden sostenerse. Es importante precisar, también, que no se puede establecer una diferencia ya entre masculinidad y feminidad en términos de roles, de ahí la importancia de ahondar en el estudio de la sexuación.

Los nuevos planteamientos que están siendo formulados en el campo del Psicoanálisis, vienen a romper con la certeza de aquello que se creía saber en torno a la sexualidad humana. Estos planteamientos tienen como soporte una revisión histórica para darnos a conocer que las cosas no son como uno las ubica desde un contexto actual, sino que ha habido una serie de variantes en las que la ideología prevaleciente en las diferentes épocas, ha determinado toda una gama de criterios, para poder hablar de alguien como hombre o como mujer. Frédéric Gros (1999), por ejemplo, habrá de señalar que la sexualidad nunca interviene como una superficie de objetivación de la que se puedan deducir conocimientos sólidos sobre el sujeto. Él plantea que la sexualidad es opaca, pero sólo en el sentido negativo de que es imposible oponerle la transparencia de un conocimiento. Así, él habrá de señalar cómo Foucault le reprocha al Psicoanálisis, en particular en sus últimos textos, que continúe postulándose como un trabajo de conocimiento, cuyo tema privilegiado es lo sexual. De esta manera Gros afirma que la sexualidad no es necesariamente una clave científica de acceso al sujeto, o bien como él dice, lo es efectivamente, pero sólo debido a una síntesis histórica precaria, reciente. Ubicándose en la historia, él nos habrá de comentar que en los textos de la Grecia clásica, no es la sexualidad lo que se necesita conocer para llegar a rehacerse mejor a sí mismo, sino que ésta designa una serie de actos que componen una forma estética de existencia y constituyen un estilo de vida determinado. Así la sexualidad en el período helenístico, no es un objeto que hay que comprender so pena de desconocerse, sino que remite a un régimen de comportamiento que debe someterse a un cuidado regulado de sí.

La fragilidad de los conceptos

En el presente apartado, recuperaremos algunas de las puntualizaciones que en sus trabajos de investigación han efectuado autores como Win-

kler, Boswell, Halperin y Veyne para dar a conocer que no se puede decir ya que lo normal en torno al sexo sea esto o lo otro. De ahí la importancia de recurrir a la historia y poder localizar, como ya señalaba, que las cosas no están dadas desde siempre, que por ejemplo el concepto de homosexualidad, antecede al de heterosexualidad.

Así, recurriendo a la historia, podemos ubicar que cierto tipo de prácticas pueden ser consideradas naturales o antinaturales, convencionales o anticonvencionales.

El sexo, señala Winkler en su obra *Las coacciones del deseo*, no es un hecho natural, en el sentido de que no es un mero acto biológico. Él habrá de ubicar en su estudio, que el lineamiento social determina lo que es natural o no. Así por ejemplo en la Grecia antigua no se hablaba de feminidad ni de masculinidad, ni de homosexualidad, sino de activo y pasivo. La virilidad era exaltada como una virtud del hombre libre, quien debía ya en la vida adulta no sólo no ser penetrado, sino tampoco mostrar rasgos afeminados si pretendía ocupar un cargo público, pues se llevaba a cabo una revisión exhaustiva de la vida sexual de aquél que quisiera ejercer un cargo público.

En esta idea de recuperar la historia para mostrar cómo las prácticas y concepciones en torno a la noción de sexo han variado, John Boswell (1995) en su obra *Same-sex unions in premodern europe*, se interroga por qué a partir del siglo XIV hay un creciente horror a la homosexualidad. Antes del siglo XIV se consideraba con horror el adulterio, sin importar si se trataba de hombre o de mujer con quien se llevara a cabo. Tenemos entonces que la noción o el concepto de homosexualidad en el mundo antiguo no existía, de ahí que sea importante recalcar cómo a partir del siglo XIV es que la homosexualidad empieza a ser perseguida, ya que va en contra de los intereses de una sociedad heterocentrista y heterosexualizada, situación a la que han contribuido tanto médicos, sociólogos, antropólogos, psicólogos, biólogos, etc., con estudios "científicos", para tratar de demostrar cada uno por su lado, el origen o la causa de la enfermedad, encontrando grandes incongruencias y confusiones. Así mismo, los hombres de ciencia con sus aportaciones justificatorias, han querido dar un sentido apocalíptico a estas prácticas buscando explicaciones que le den, a una sociedad basada en valores heterosexuales, bases para

sustentar el sistema hegemónico imperante, en donde lo que no es productivo ni reproductivo no aporta al sistema, y por lo tanto no le sirve.

Tenemos entonces, que lo que hoy llamamos sexualidad no existía en el mundo antiguo, esta palabra se inventa hace poco más de un siglo con Albert Ellis, vemos así que esas concepciones no se tenían en el mundo griego antiguo, se podía cortejar a quien era joven o bello.

En Grecia la sexualidad va a estar ligada a la estética y a la didáctica, no a la moral ni a la identidad como en nuestra cultura. Los romanos la habrán de ligar a la propiedad y al estatus. La moral en Grecia estaba ligada a la estética, que en griego quiere decir "sentidos", pero desde entonces ya se le asociaba con la belleza. Entonces uno se preguntaría, ¿cómo saber que algo es bello? La respuesta sería, aquello que te da placer; el placer era el foco que guiaba hacia la belleza y la belleza era el culmen de ese crecimiento espiritual, era hermana de la sabiduría. ¿Quién era entonces moralmente buena o bueno en Grecia? Pues quien se dedicaba al placer y a la belleza. Va a ser sabio quien aprende a ser feliz con la realidad que le tocó.

Cabe señalar que en la antigua Grecia sólo las mujeres aristócratas podían tener cierta libertad social. Fue una aristócrata, la poetisa Safo la que pudo enseñar la poesía a sus discípulas. Safo inventó la técnica de amor intensamente personal, fundó una escuela para enseñar su arte a otras mujeres, una hazaña excepcional en una cultura que consideraba a las mujeres indignas de educación. Los griegos de todas las ciudades llegaron a apreciar a la poetisa Safo, le llamaban la décima musa, aunque se sabe que desde la antigüedad la vida de Safo se ha visto dañada por la controversia, ya que muchos poemas están dirigidos a sus alumnas. Se decía que la relación de Safo con sus alumnas era de carácter sexual. Se le atribuyeron relaciones físicas con estas mujeres, se decía que sus poemas eran autobiográficos y que expresaban su amor físico por estas jóvenes. Uno diría ¿y?

Es importante también tener presente, que cuando se habla de Grecia, hay que considerar que cada una de las ciudades tenía sus propias costumbres, su historia y a veces hasta su propio idioma; cada una de las ciudades tenía su propia divinidad. Otro aspecto que vale la pena mencionar aunque sea de manera breve, es el valor que se le daba a la amistad en el mundo antiguo. Las cosas que se hacían en nombre de la amis-

tad eran muchas, como por ejemplo el abandonar o dejar morir a la esposa e hijos, con la convicción de que una esposa o un hijo, hija se pueden volver a tener, pero no tan fácilmente se puede volver a encontrar otro amigo. La amistad era la relación más emotiva, más íntima, más intensa, era a su vez apasionada e indisoluble. Aquí podemos observar dos situaciones diferentes respecto a la idea moderna de amistad. En la época moderna se considera que es bueno tener muchos amigos y no sólo uno. En la época antigua se realizaban los más grandes sacrificios en el nombre de la amistad. Este acto en la época moderna fue quedando relegado en forma casi exclusiva para el amor romántico. Muchos amigos vivían en las casas de sus amigos permanentemente, lo que podía posibilitar o no una "relación amorosa", pero cuestionar esto para los antiguos era por demás improductivo.

Tratando de situarnos de manera introductoria en la época premoderna, y tomando como referencia los estudios de Boswell, podemos encontrar que en la Europa premoderna, el matrimonio usualmente comenzaba con un convenio de propiedad, después venían los niños y terminaba en amor. Pocas parejas se casaban por amor, pero en el transcurso de su convivencia, de administrar en conjunto los bienes, la crianza de los hijos y compartir sus experiencias, cultivaban el amor. Algunos epitafios a las esposas evidencian profundo afecto. En contraste, la mayoría de los matrimonios modernos occidentales empiezan con el amor, continúan con la educación de los hijos (si los hay), y frecuentemente finalizan con los acuerdos sobre las propiedades, siendo en este momento el amor un recuerdo lejano, o habiendo una ausencia de éste.

Además de las dos peculiaridades de las actitudes modernas respecto del amor (el "mar de amor" y el supuesto de que amor romántico y matrimonio heterosexual están inseparablemente ligados), hay una tercera característica psicológica del Occidente moderno que complica tanto la escritura como la lectura de este estudio: es, como veíamos, el creciente horror a la homosexualidad en Occidente desde el siglo XIV. Si bien todas las sociedades tienen tabúes sexuales, la sociedad occidental ha hecho de la homosexualidad un tabú primario, "es el pecado innombrable", "el vicio inmencionable", "el amor que no se atreve a pronunciar su nombre".

Boswell citando a David Greenberg habrá de señalar además, que la idea de que existe un horror “natural” a la homosexualidad no resistiría un análisis riguroso ni filosófico, ni empírico, dada la cantidad de sociedades que aceptan o incluso idealizan diversos tipos de comportamiento homosexual.

Foucault y la construcción de un objeto histórico de saber

Michel Foucault (1999) por su parte, en un escrito titulado *Caricias de hombre consideradas como un arte*, señala respecto de los criterios de actividad y pasividad, que éstos serían uno de los puntos esenciales de la ética griega. Para los griegos en la época clásica sólo se valoraba la actividad, se consideraba que la pasividad estaba por naturaleza y estatuto en la mujer y el esclavo, y que no podía significar más que vergüenza para el hombre. Haciendo alusión Foucault al estudio de Dover sobre la homosexualidad griega, menciona que lo que constituye la diferencia más grande entre la experiencia griega de la sexualidad y la nuestra, es que para nosotros la preferencia de objeto hetero u homosexual es lo que marca la diferencia esencial, pero para los griegos es la posición del sujeto activo o pasivo lo que fija la gran frontera moral, y dirá que en relación con este elemento constitutivo de una ética esencialmente masculina, las opciones de partenaires, llámese jóvenes, mujeres, esclavos, son poco importantes.

Aludiendo a Dover, Foucault habrá de comentar, cómo el placer con los jóvenes era un modo de experiencia. La mayor parte del tiempo no excluía la relación con las mujeres y, en ese sentido, no era ni la expresión de una estructura afectiva particular ni una forma de existencia distinta a las demás. Pero era mucho más que una posibilidad de placer entre otras: implicaba comportamientos, maneras de ser, ciertas relaciones con los otros, el reconocimiento de todo un conjunto de valores. No era una opción ni exclusiva ni irreversible, sino una cuyos principios, reglas y efectos se extendían ampliamente a la forma de vida.

Foucault comenta en una entrevista con O'Higgins (traducida por la Revista *Litoral* No. 27 y que lleva por título a manera de artículo: Elección sexual, acto sexual), que para un miembro de la nobleza griega, hacer el amor a un esclavo macho pasivo era natural, ya que el esclavo

era inferior por naturaleza, pero que cuando dos griegos de la misma clase social querían hacer el amor se planteaba un verdadero problema, porque ninguno de los dos consentía agacharse ante el otro.

En el mundo griego en esa época, el organizador entonces en la sexualidad es la figura del *katapugon*, y en ese sentido el contramodelo no es la mujer, esto quiere decir que un miembro de la nobleza griega que había llegado a la edad adulta no podría ser penetrado por otro hombre, ya que esto implicaría quedar excluido de la posibilidad de ejercer un cargo público, puesto que también se tenía como un valor la templanza.

Foucault (1990) nos dirá en su trabajo sobre *El uso de los placeres* que corresponde al volumen 2 de su obra *Historia de la Sexualidad*, que el exceso y la pasividad son para un hombre las dos formas mayores de la inmoralidad en la práctica de la *aphrodisia*. Así cuando trata su tema de la erótica en esta misma obra, nos dirá que tener costumbres relajadas era no saber resistir a las mujeres ni a los muchachos, sin que lo uno fuera más grave que lo otro. Cabe señalar que cuando se habla de *aphrodisia*, está aludiendo a los actos, gestos, contactos que buscan cierta forma de placer.

Me parece importante también hacer una puntualización, ya que estamos ubicados en este período del mundo griego, y que es el tener presente, que cuando se habla de las prácticas sexuales en ese contexto, se precipitan los autores y el vulgo, en hablar de prácticas homosexuales en las que no se toma en cuenta que había de alguna forma, una normatización, porque por ejemplo, Foucault señala que si bien ubicado el hombre en el lugar de amo podía disponer de un esclavo, el asunto era distinto tratándose de un joven nacido libre.

En ese sentido, Foucault, en su capítulo titulado *Erótica*, contenido también en su trabajo *El uso de los placeres*, comenta que sobre un muchacho que no fuera de origen servil, no se podía ejercer ningún poder de posición, esto es, el joven era libre de hacer su elección, de aceptar o rechazar, de preferir o de decidir. Era así que para obtener de ese joven aquello que siempre conserva el derecho de rehusar, se decía, habría que ser capaz de convencerlo. Foucault comenta que era un tema de queja irónica por parte de los enamorados la necesidad de seguir al joven al

gimnasio, de ir a la caza del amado y de agotarse participando en los ejercicios para los que ya no estaba hecho, es decir, imaginemos al hombre de esa clase noble que había sido cautivado por la mirada de un joven y cómo no podía disponer de él a voluntad, tenía que conquistarlo, pues estaban establecidas reglas para cortejar. Así, quien quisiera retener la preferencia del joven, debería de superar a juicio de éste, a los rivales, y en ese sentido poderse servir el hombre noble adulto de su prestigio, de sus propias cualidades, de sus regalos, pero siempre la decisión pertenecía al propio muchacho, pues gozar de un muchacho, de un joven sin su consentimiento, eso era piratería más que amor.

Así tenemos que una cuestión esencial, dirá Foucault, radica en la moderación con la que se ejerce el poder, pues en el caso de las relaciones con los muchachos, la ética de los placeres habrá de hacerse jugar, a través de las diferencias de edad, estrategias delicadas que deben tener en cuenta la libertad del otro, su capacidad de rechazo y la necesidad de su consentimiento. En esta práctica erótica, se daba un desprecio por los jóvenes demasiado fáciles o demasiado interesados, así como una descalificación de los hombres afeminados, en donde tendríamos que este joven demasiado fácil o demasiado interesado, o bien el hombre afeminado y que sin importar la edad se hiciese penetrar, ésta era la figura del *katapugon*, es decir del *penetrado*. De tal forma que si se quería insultar a alguien en aquella época, podían haber grafitis en los que se podría decir de alguien: “*X es un katapugon*”, es decir, ese X “es un penetrado”.

En esta regulación ética se podrían formular estos interrogantes en aquella época, como por ejemplo, ¿cuál será la época en la cual un muchacho será considerado demasiado grande para ser compañero honorable en la relación amorosa? ¿A qué edad ya no es bueno para él aceptar ese papel, ni para su enamorado querer imponérselo? Foucault señala que se sabe que las primeras muestras de barba pasaban por ser esta marca fatídica y se decía que la navaja que la cortaba, había de romper el hilo de los amores. Tenemos entonces, dice Foucault, que no se vituperaba simplemente a los muchachos que aceptaban desempeñar el papel que ya no estaba en relación con su virilidad, sino también a los hombres que frecuentaban a los muchachos mayores. Se criticaba por ejemplo a los estoicos por conservar demasiado tiempo a sus amados, hasta los 20 años en algunos casos. Ahora bien, lo que insiste Foucault (1990) en pre-

cisar en este capítulo sobre la Erótica, es que en este tipo de práctica erótica, el énfasis no estaba puesto en una tipología, él dirá que ciertamente la preferencia por los muchachos y las muchachas se reconocía fácilmente como un rasgo de carácter: los hombres podían distinguirse por el placer al que se sentían más inclinados, pero era un asunto de gustos que podía prestarse a bromas, más no de tipología que comprometiera la naturaleza misma del individuo, la verdad de su deseo o la legitimidad natural de su propensión. No se concebían dos apetitos distintos distribuidos en individuos distintos o enfrentados en una misma alma; más bien se veían dos maneras de tomar placer, de las que una convenía mejor a determinados individuos o a determinados momentos de la vida. La práctica de los muchachos y la de las mujeres no constituían categorías clasificatorias entre las cuales podía separarse a los individuos.

Cabe señalar que si estamos haciendo referencia a Michel Foucault, es porque hay que tener presente que los estudios históricos que él desencadenó, nos muestran que la llamada ciencia sexual data del siglo XIX. Tenemos entonces, que el establecer posiciones diferenciadas entre heterosexualidad y homosexualidad no es algo que se haya dado desde siempre en el transcurso de la historia

Beatriz Aguad (1999: 184), en un artículo titulado: *La Historia de la Sexualidad: una escritura revoltosa*, menciona que para Foucault la cuestión es la constitución histórica de un objeto de saber: la sexualidad. Y tomando una cita de John Rajchman plantea:

Estos objetos de saber no sólo no se fundan desde un sujeto trascendental sino que tampoco se definen a partir de una subjetividad fundamental o fundadora, aún si ciertas reglas pueden concernir a sujetos en condiciones de producir afirmaciones verdaderas.

Es importante tener presente, que la sexualidad se organiza de una cierta manera y tiene un cierto cauce en las sociedades. El modelo constructorista de Foucault nos permite ubicar el modo histórico, las pautas sociales y el modo de actividad sexual. Así tenemos cómo es que hay sociedades que estigmatizan comportamientos.

Sobre el cuestionamiento al énfasis puesto en hablar sobre la verdad del sexo

Señalaré en este momento, que un sesgo que me parece importante destacar en la lectura de Foucault y que me es útil en mi lectura y mi práctica del psicoanálisis, es el reconocer que para Foucault el sujeto, no es el sujeto del humanismo en el sentido de que en el humanismo el sujeto es conciente y hace de los fenómenos, su conocimiento y su ciencia.

Por el costado del psicoanálisis, uno ubica que eso que hablo y me sorprende, no es del yo del enunciado, el sujeto aparece en el momento en que desaparece un yo del enunciado. Pero cuando esto sucede, aparece un resto que es irreductible. No puede ser abordado bajo las formas habituales del discurso. Tenemos así, que al poder nombrar algo del orden de lo imposible de decir, puede tener lugar una producción del sujeto con su consecuente evanescencia.

Otro sesgo que considero importante rescatar es la historia, y en ese sentido, un estudio de los hechos históricos nos lo ofrece Foucault, así por ejemplo en su obra *La Voluntad de Saber*, que corresponde al primer volumen de su obra *Historia de la Sexualidad*, él plantea cómo ha habido históricamente dos grandes procedimientos para producir la verdad del sexo. Por un lado nos dice que las sociedades de China, Japón, India, Roma, así como las sociedades árabes musulmanas, se dotaron de un ars erótica. En el arte erótico, plantea Foucault, la verdad es extraída del placer mismo tomado como práctica y recogido como experiencia; el placer no es tomado en cuenta en relación con una ley absoluta de lo permitido y lo prohibido ni con un criterio de utilidad, sino que, primero y ante todo en relación consigo mismo, debe ser conocido como placer, por lo tanto según su intensidad, su calidad específica, su duración, sus reverberaciones en el cuerpo y el alma. Más aún: ese saber debe ser revertido sobre la práctica sexual, para trabajarla desde el interior y amplificar sus efectos.

Esta forma de transmisión de un saber de una verdad sobre el sexo Foucault nos dirá, que por contra posición, nuestra civilización al menos a primera vista, no posee dice él, ningún ars erótica, y que lo que nuestra sociedad pretende ofrecernos es una ciencia sexual, ciencia que habrá de ser transmitida de una manera completamente opuesta al arte de las

iniciaciones y al secreto magistral, y que tiene que ver con la práctica de la confesión. Foucault dirá que la confesión de la verdad, se inscribió en el corazón de los procedimientos de individualización por parte del poder, dirá también que la confesión se convirtió en Occidente en una de las técnicas más altamente valoradas para producir lo verdadero. Desde entonces, señala Foucault, hemos llegado a ser una sociedad singularmente confesante, la confesión difundió hasta muy lejos sus efectos: en la justicia, en la medicina, en la pedagogía, en las relaciones familiares, en las relaciones amorosas, en el orden de lo más cotidiano, en los ritos más solemnes; se confiesan los crímenes, los pecados, los pensamientos y deseos, el pasado y los sueños, la infancia; se confiesan las enfermedades y la miseria; la gente se esfuerza en decir con la mayor exactitud lo más difícil de decir y se confiesa en público y en privado, a padres, a educadores, médicos, seres amados; y, en el placer o la pena uno se hace a sí mismo confesiones imposibles de hacer a otro, y con ellas se escribe libros. Así el hombre en Occidente dirá Foucault, ha llegado a ser un animal de confesión. Foucault plantea además, cómo la obligación de confesar nos llega ahora desde tantos puntos diferentes, que está ya tan profundamente incorporada a nosotros que no la percibimos más como efecto de un poder que nos constriñe. Él señala (Foucault, 1991), que la confesión es un ritual que se despliega en una relación de poder, pues no se confiesa sin la presencia al menos virtual de otro, que no es simplemente el interlocutor sino la instancia que requiere la confesión, la impone, la aprecia e interviene para juzgar, castigar, perdonar, consolar, reconciliar. La confesión entonces, se constituye como un ritual donde la sola enunciación, independientemente de sus consecuencias externas, producen en el que lo articula modificaciones intrínsecas: lo torna inocente, lo redime, lo purifica, lo descarga de sus faltas, lo libera, le promete la salvación. La verdad del sexo, al menos en cuanto a lo esencial, ha sido presa durante siglos de esa forma discursiva, y no de la enseñanza, ni de la iniciación.

En cuanto al origen de esta práctica de la confesión Hernández Meijueiro (2000), menciona que fue Justiniano quien vivió del 527 al 565 en el siglo VI, el que inventó el sacramento de la confesión:

...es Justiniano el que inventa el rito y busca un mito bíblico que lo sustente. El invento es que Jesús le dijo a Pedro: "Pedro lo que cargues en el cielo quedará atado en la tierra, lo desatado en la tierra quedará desatado en el cielo", y ya con eso inventó la confesión, pero luego se les olvidó la confesión seiscientos años.

Hernández M. menciona que fueron un gran negocio las prohibiciones implantadas y la forma de saldar las infracciones cometidas. Señala que las *Confesionales* son los libros donde vienen todos los pecados sexuales que un hombre puede cometer. Cita un párrafo de un confesional en la catedral de la ciudad de México al que Fernando Benítez hace referencia y este confesional se llama: Manual de administrar los altos sacramentos, confiando en voz de Justiniano que dice:

¿Has pecado con mujeres?, sí padre, no padre; ¿con quien pecaste era tu madrastra?, sí, no, padre, ¿o era tu tía?, sí padre o no padre; ¿o era tu hermana?, sí padre o no padre; ¿o era tu suegra?, sí padre o no padre; ¿o era tu sobrina?, sí padre o no padre; ¿o era tu nuera?, o era tu madre, la que te parió.

Comenta Hernández M.:

...a cada sí, si la persona no había pensado en su prima, se preguntaba ¿cuánto va a ser por mi prima?, en la prohibición otra vez te dan lo que estás pensando, dado que a cada sí, el cura confesor iba sumando años de purgatorio que te correspondían, aquí vienen en el confesional, claro, se les llamaba de penitencia, entonces tenemos penitencias por ejemplo: 50 azotes diarios por tres años, 5 años de abstinencia sexual, 3 años de no comer carne, ayuno todas las mañanas durante seis años, etc. obligatorias. Esto se va a llevar a simplificación administrativa, se les va a llamar indulgencias.

La confesión es obligada para los ciudadanos y se les va a llamar cada ocho días, y con Justiniano, con el ejército, se iba por quién el domingo en la tarde no se había ido a confesar, sobre todo hombres, cabezas de familia. La gente no se va a acostumbrar a decir lo que hacía en su intimidad, había que obligar por siglos a la gente hasta que nos acostumbramos a confesarnos.

Hernández M. comenta otros fragmentos del cuestionario incluido en las *Confesionales* en los que se pregunta: ¿Has derramado el semen con tus manos y entonces pensabas en mujeres?, sí padre o no padre; ¿y pe- caste con alguna mujer entre ambas partes?, sí padre no padre; ¿palpaste las partes vergonzosas de la mujer?; ¿has sido alcahuete?, sí padre, no padre; ¿te has sodomizado?, sí padre o no padre; ¿y has palpado las partes bajas del hombre? ¿Y has pecado con alguna bestia? ¿Y has pecado con una mujer estando ella como animal de cuatro patas o tú la pusiste así, como animal de cuatro patas queriendo pecar así con ella?

Comenta Hernández M. que por ello un amigo confesor, le decía que, ¡qué bueno que las sotanas no son de bronce, porque si no, darían cada campanazo! Pues decía, se imaginan lo que está sintiendo el cura que se la pasaba oyendo todo eso.

Continúa con el cuestionario: *¿Y metiste los dedos en las partes vergonzosas de alguna mujer?, ¿Y has pecado con alguna doncella o mujer madura derramando tu semen sobre ella pero no desnudándola, sino tocando con tu lengua?* Comenta Hernández M. que esto propiamente era pornografía, pues además se les pusieron imágenes para que los curas supieran qué habría que preguntar.

Señala que con estas preguntas era como decir: te digo lo que no quiero que hagas para que lo hagas más y me pagues. Así, la Iglesia se ha enriquecido del pecado de la gente, porque antes se les quitaban los bienes a los pecadores, todo era negocio.

Y cita a Foucault para señalar que la Iglesia puso a la sexualidad en el centro de la sociedad, en el centro de la discusión social, en el centro de la dignidad social.

Foucault hará su cuestionamiento a diferentes campos que pretenden dar cuenta de una supuesta ciencia sexual, incluido el Psicoanálisis al que califica de una práctica confesional. Así, él se interroga: ¿cómo se logró constituir esa inmensa y tradicional extorsión de confesión sexual en formas científicas?

No toda práctica del Psicoanálisis es confesional

Pasternac (1999), en un trabajo que él titula: *Heterogeneidad de las referencias a M. Foucault*, habrá de argumentar por qué no toda práctica del Psicoanálisis es una práctica confesional. En la práctica confesional se le interroga y cuestiona a la persona. La práctica propuesta por Lacan y los discípulos de éste, se aparta de este tipo de práctica. Comenta que Jean Allouch recuerda, que Lacan expresaba claramente en un seminario titulado *Les non-dupes errent* en una sesión del 18 de diciembre de 1973 lo siguiente: " yo no le hago decir nada a nadie. Mi función es más bien escuchar".

Pasternac habrá de puntualizar, me parece de una manera muy acertada, que hay que subrayar que la referencia a Foucault no es homogenea, y que entonces cuando Jean Allouch ha llegado a plantear que el Psicoanálisis será foucaultiano o no será, en el sentido en el que Foucault interpele al Psicoanálisis en relación con su tendencia a normativizar. Es sólo en acuerdo a la no normatización que se puede aceptar la concordancia con Foucault.

Sobre esta tendencia de crítica del Psicoanálisis, Pasternac hará referencia a otro autor: Leo Bersani de quien dice, va más lejos en su cuestionamiento y considera que el Psicoanálisis es una "disciplina" que tiene una tendencia fatalmente conservadora porque "apunta a demostrar la irreductibilidad del deseo humano". Y señala entonces de manera precisa:

Pero el psicoanálisis no apunta a demostrar eso, sino que lo encuentra en su experiencia como algo irreductible. Cada análisis en su singularidad es un experimento crucial en el que se pone a prueba si el deseo es o no efectivamente irreductible. (Pasternac, 1999: 173)

Y agregará de manera puntual más adelante en su mismo escrito:

La irreductibilidad del deseo no tiene por qué traducirse en una "pastoral" tarea de limitar los placeres accesibles a aquellos que puedan corresponder a una bio-norma convencional (Pasternac, 1999: 174).

No encontramos en Lacan, habrá de señalar Pasternac, una propuesta semejante.

Foucault por su parte señala, que habría que volvernos susceptibles de placer, que no existe una patología del placer y que además, debemos crear placeres nuevos pues será así como el deseo podrá continuar.

Esto implica una confusión, y también Pasternac habrá de puntualizarlo, al decirnos que el deseo foucaultiano no es el deseo del que trata el psicoanálisis, por ello justamente él señalaba que la irreductibilidad del deseo no tiene por qué traducirse en una pastoral, y que no se trata de limitar los placeres accesibles a aquellos que puedan corresponder a esa bio-norma convencional, pues señala que ésa al menos, no era la propuesta en psicoanálisis, de parte de Lacan.

Beatriz Aguad (1999: 195-196), por su parte, para mostrar que no toda práctica analítica es confesional y normativa comenta en su artículo lo siguiente:

Este es el momento de replicarle a Foucault que él está nombrando al psicoanálisis; que de lo que se trata en la práctica analítica desde Lacan es de la subjetivación del sexo en tanto pone en juego la función del sujeto que está representado por un significante para otro significante. No hay allí ni identidad ni norma. Lacan dirá que el sujeto que habla no podría jamás atribuirse un sexo, o decirse macho o hembra sin escamotear simbólicamente el órgano que sirve a la copulación. Partiendo desde allí el psicoanálisis no sería confesional por la sencilla razón de que el sexo es inconfesable. Como lo demuestra el caso Marguerite, que al realizar el pasaje al acto contra la actriz manifiesta que la confesión del sexo no es posible, porque en ningún caso sabría ser confesable lo que sólo puede ser formulado por un acto.

Tenemos entonces para concluir, que si bien Foucault advirtió la normatización en que cayeron las ciencias respecto a la noción que se forjó de sexualidad, incluyendo en esa crítica al psicoanálisis, es momento de deslindar, como recién señalaba, que no toda práctica analítica es normatizadora ni confesional, y que por ello quien deje de lado las nuevas aportaciones que sobre el tema de la sexuación se han producido (Jacques Lacan y sus aportes al tema de la sexuación, así como los desarrollos que sobre el tema continúa efectuando Jean Allouch y autores que hemos

citado, así como los trabajos que continúan realizando discípulos de la enseñanza lacaniana), quedará inevitablemente extraviado y estatificado en formulaciones que han sido superadas, y que no será sin consecuencias su intervención en la clínica, debido a su detención en la revisión de nuevas propuestas.

Referencias

- Aguad, B. (1999). La Historia de la sexualidad: una escritura revoltosa. *Revista Litoral*, 28.
- Boswell, J. (1995). *Same-sex unions in premodern Europe*. Nueva York: Vintage Books.
- Boswell, J. (1996). *Las bodas de la semejanza*. Barcelona: Muchnik Editores.
- Foucault, M. (1991). *Saber y Verdad*. España: La Piqueta.
- Foucault, M. (1991). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber (Vol. 1)*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1990). *Historia de la sexualidad. El uso de los placeres (Vol. 2)*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1999). Caricias de hombre consideradas como un arte. *Revista Litoral*, 27.
- Foucault, M. (1999). Elección sexual, acto sexual. *Revista Litoral*, 27.
- Gros, F. (1999). Notas sobre la sexualidad en la obra de Michel Foucault. *Revista Litoral*, 27.
- Halperin, D. et. al. (2000). *Grañas de Eros. Historia, género e identidades sexuales*. Argentina: Cuadernos de Litoral, Edelp.
- Hernández- Meijueiro, J.C. (2000). *Presentación en el Diplomado sobre el tema de La Sexualidad*. Universidad Autónoma de Querétaro. Documento inédito.
- Pasternac, M. (1999). Heterogeneidad de las referencias a M. Foucault. *Revista Litoral*, 28.
- Winkler, J. (1994). *Las coacciones del deseo*. Argentina: Manantial.